


Augusto d'Halmar

Teatro de cámara

I

LA ACCIÓN SE PASA EN...

...  EN Madrid y en toda España, como en Inglaterra hay las «Boarding-Houses», las «Pensiones de Famille» en Francia, y en América las «Residenciales», existe, sabe Dios desde cuándo, quiera Dios hasta siempre, una institución nacional llamada «Casa de Huéspedes», y quien haya conocido sus similares inglesa, francesa y, no digamos, las suramericanas, sabe que la española difiere de todo en todo de todas.

En Londres se trata de un hotel, con patente más modesta y por lo tanto más económico, donde una lady venida a menos al quedarse viuda, sostiene su rango con estos expedientes. Casi siempre hace venir junto a sí, alguna sobrina huérfana, que casi nunca deja de colocarse con alguno de los alojados. Una doncella con cofia mantiene el sacro fuego de los hornillos y las chimeneas, y un doméstico extranjero, vestido por las mañanas con un chaleco amarillo de «lad» barre las escaleras y más tarde endosa el frac, como un lord, para servir a la mesa de unos cuantos anodinos oficinistas de la City y unas solteronas más o menos excéntricas. Estamos donde Mrs. Morgan, en el 51 de Torrington-Square, junto a Mary-le-Bon Church.

En París, es un matrimonio con dos hijos, uno estudiante,

una casadera, quien ofrece casa y pensión en la rue d'Assas 28, «troisième á gauche», entre Notre Dame des Champs y la Escuela de Lenguas Orientales. El marido sirve un vago empleo de tenedor de libros, en algunas partes, y por la noche juega a la manilla con los pensionistas más antiguos y, por tanto, más cumplidores en el pago.

En Madrid no se trata de nada de eso. La Casa de Huéspedes es la comunidad del Buen Dios, con todo su comunismo, o sea el hogar de quienes no lo tengan, por andar fuera de él o por haberlo perdido. Y semejante hospedería puede estar en cualquier barrio y en cualquiera calle, lo mismo en un entresuelo, que en un ático, y tan pronto será la pupilera una viuda proveya, como una apetitosa jamona cuyo marido se quedó en Cuba o en Filipinas, o una patriarcal familia, del abuelo hasta los nietos.

Ahí encajará en lo propio el huésped y entre una parentela como suya, la ropa lavada y zurcida por manos caseras y asistido maternalmente si enfermara; compartirán sus inquietudes y hasta subsanarán sus vicisitudes; al entregarle las cartas de su pueblo, se quedarán aguardando saber noticias. Y cuando se les vaya «allá», por vacaciones, le escribirán mandándole recuerdos y uno que otro embeleco. Porque el fondo desinteresado y altruista de los españoles en general, y en particular de los madrileños, no les permite tratar tibiamente a nadie. No se es de confianza o sí se es y, en tal caso, que se atenga el prohijado a sus contingencias y sus consecuencias. Con él se participará y participará él, la buena y la mala fortuna, la abundancia y la escasez. Conforme pase de su casa paterna a esta otra de adopción, tendrá dos, con todas las ventajas y todos los inconvenientes. Le seguirán dando el don, o lo tutearán: «o Don Pedro o Periquillo». Y, como Pedro por su casa, cualquiera se colará de rondón en sus habitaciones, y él en las de todos.

Quien no tuviere espíritu de convivencia cristiana, no podría adaptarse, pues olvidando cuanto se le da, no recordaría sino cuanto se le quita, en ese intercambio de libre cambio.

II

LOS ACTORES

Doña Gumersinda Paredes de Nava, natural de Sevilla, desde hace un cuarto de siglo habita el número ocho de la Travesía de la Ballesta, frente por frente a la puerta trasera de la Parroquia de San Martín y a la vivienda del párroco. Casada con un capitán en retiro empleado en un estanco de la calle del Carmen, se quedó viuda con dos hijas, Esther y Engrasia, ésta, viuda también. Su cuñado don Juan Paredes de Nava, organizador de compañías de aficionados teatrales, hizo de cabeza de familia; pero como los montepíos de viudedad eran cortos y faltaban las entradas del estanco, arrimaron el hombre las mujeres, empleándose la menor y reduciéndose las tres a un solo dormitorio, para alquilar los otros.

Podían tener y mantener dos pupilos, y uno más si llegaba a habilitarse una especie de desván sobre la escalera; desde un comienzo recibieron a un peruano venido de Ica a seguir estudios de medicina, quien no habiendo aprobado el mismo curso dos años seguidos, cortó la carrera y perdió la beca; pero siguió en Madrid, en busca de acomodo. Por solidaridad intercontinental, lo hicieron bibliotecario, con un sueldo mínimo, de la Asociación de Estudiantes Sudamericanos de la calle de la Magdalena, donde devoraba la biblioteca, sobre todo de filosofía. Desde entonces Amadeo Suárez, que no podía pagar sino medio pupilage, fingió con gran delicadeza y estoicismo, dábanle el almuerzo en su empleo y, para no ser gravoso, se avino al sotabanco. Así como así, pasaba el día entero entre sus queridos libros y sólo por la noche acudía a cenar y dormir.

Vine por entonces a instalarme en el gabinete exterior con salita interior de recibo, generosamente cedida por el tío Juan y, casi en la misma época se completó el contingente con un vende-

dor viajero de Cáceres, buen mozo, rumboso, galanteador y, demás está decirlo, dotado de esa inagotable e intrascendente labia, privativa de los viajantes de comercio, los agentes de seguros, y los peluqueros. Así, de Mario Pozo-Alcón, cuyo era su nombre, habíanselo contraído en «Mariposón».

Suárez no soportaba, literalmente, aquel botarate. Feo, modesto y discreto, tal vez envidiábale su gallardía y su despreocupación, sus recursos pecuniarios y sus éxitos amorios; pero lo seguro es que su adustez intelectual, tan sobria y tan parca se compadecía mal con aquel charlatanismo ostentoso, insolente y desenfadado. ¿No podría ser también un viejo rencor indígena contra los Conquistadores? En la única comida que hacían juntos, es decir la cena, cualquier frase del extremeño, tenía el don de sacar de quicio al peruano, el «perulero», como el otro decía. Más de una vez hasta se alzó de la mesa sin acabar de comer, o con el bocado en la boca, por no proseguir alguna discusión que ya iba haciéndose enojosa para los demás; a causa suya, pues, no saboreaba el decano de aquella hermandad, el sibaritismo de una sobremesa, cuando los convidados de agradecido estómago, divagan cordialmente, y fijan, cual más, cual menos, la humilde cotización de su pobre día ido, bendiciendo el pan del Padre Nuestro.

El gato Robys, cuyo nombre simulaba ser inglés, para disimular que significaba «robado», y su esposa morganática la gata Dinah, dormían enroscados sobre la mesa-camilla, y cada noche había de desalojárseles para jugar a la lotería o al tute.

III

EL ESCENARIO

Cierta vez, en la época llamada «futurista» porque pretendió romper con el pasado, cuando algunos pintores descubrieron que los museos estaban demás, otros espíritus fuertes y despre-

juiciados, empezaron a calificar como rutina la tradicional costumbre de festejar con un ágape un acontecimiento o a un acontecido y tomaron por paradoja eso de dar de comer y de beber a la materia, para enaltecer al espíritu.

Pero así como la palabra «cursilería» la inventó el primer cursi, la chabacanería del banquete la descubrió un chisgarabís y, caída en el olvido su efímera boga, tornaron a creer los hombres, que por algo Cristo instituyó la Última Cena, perpetuada en el Santo Sacrificio de la Misa, y que, por mucho que hiciéramos, sentarse en torno de una mesa seguiría siendo muy pagano, y, a la vez muy cristiano.

Las capitales son famosas por sus museos para pública edificación y por sus restaurantes para festines públicos, y en los lares, el recinto más capaz, reservado está al cenáculo, donde cada día, cada familia, celebra en privado su Santa Cena y, a su modo, dice su misa. Y el pan vuelve a ser carne y el vino sangre de la tierra.

Nuestro refectorio del 8 de la Travesía de la Ballesta, con vistas a esas calle y a la transversal de la Nao, exhibía restos del antiguo esplendor de la familia andaluza en su cortijo. Por ejemplo, el retrato de algún antepasado cubierto de cruces y veneras; por ejemplo, un cuadro religioso dorado como un Zurbarán; por ejemplo, un aparador aparatoso como una credencia de sacristía y en cuyos vasares destellaban auténtica loza de Buen Retiro y cristalería fina; por ejemplo, el lampadario al centro de la mesa reflejándose en manteles de damasco sobre los cuales lucían cubiertos de plaqué. Una opulencia sin ostentación, a la par maciza y refinada hacía pensar, en abolengos y tradiciones. Y alguien que penetrara en esos ámbitos, nada más viéndolos podría intuir entre qué gentes se hallaba y en qué país, pero no en cuál época.

Tampoco databan las viandas, siendo de todos los tiempos la sopa de ajo, el cocido, la «ropa vieja», el bacalao a la Vizcaína, el pote de alubias con tocino y chorizo, el jamón con tropezones,

las morcillas, los huevos escalfados o estrellados, el gazpacho, en verano, los callos a la madrileña, en el invierno, la menestra, los Viernes de Cuaresma, las gachas, los buñuelos, las natillas, la leche asada, el vino de la tierra, la taza de café o la jícara de chocolate, la copita de Chinchón o de cazalla... Don Quijote da una minuta aproximada en las Bodas de Camacho. En la «Cena Jocosa» de Baltazar de Alcázar se enuncian manjares de la misma especie aderezados sin duda con las mismas especias. Y los comentarios para sazonar aquellos yantares de antaño, no debían de diferir en mucho de aquestos de hogaño, en el comedor de los Paredes de Nava.

IV

PRÓLOGO A TELÓN CORRIDO

Viajeros por la Península, que paren en fondas cosmopolitas: «Ritz», «Palace», «Hotel París», o «Gran Hotel de Inglaterra»; que aislados en sus mesas engullan sin paladearla esa lista de cocina internacional denominada políglotamente «Menú»; que resistan orquestas cíngaras o negras de jazz-bands; que cambien, si acaso, los consabidos monosílabos del Ollendorf, con camareros de etiqueta (como los licores) y porteros de librea; no lograrán saber nada de nada de España, pues ni los lacayos son, en ninguna parte, el pueblo ni, aunque lo fueran, osarían demostrarlo. Y, sin embargo, esos viajeros podrían aprender, más que en años de turismo, durante una sola comida en una casa de huéspedes como la mía.

Porque entre los entremeses, el principio y los postres, hay sobrado tiempo para que comensales madrileños muestren y demuestren urbi et orbi cuanto de banal y hondo, de tierno y duro, tiene y contiene una raza de la cual procedemos, quieras que no, y cuyas características acusamos, más o menos atrofia-

das o desvirtuadas, según sea nuestro amor o nuestro desamor a la patria madre.

Cada mediodía y cada noche transcurridos en el comedor de los Paredes de Nava, y diecisiete años abarcan muchas comidas y muchos cenas, fueron enseñándome a deletrear, luego a silabear y a leer, primero a trastabillones y después de corrido, el alma española, sin dobleces ni recodos y ¡ay! también sin medias tintas, porque aprendí a costa mía, que nunca se entristece sin razón ni motivo, en ese «porque sí» poéticamente calificado de melancolía, en otras partes; supe que al altisonante esplín, el «tædium vitæ», en buen romance se le llama murria; supe por mí mismo y para mi gobierno, le basta a cada día su afán, y en cumplir tal precepto, son esos precristianos, evangélicos por excelencia. Según ellos no hay que complicarse con añoranzas ni presentimientos, con temores o esperanzas. Uno puede estar a disgusto; debe uno sobreponerse, si es dueño de sí mismo; no caer en la displicencia o la cólera y poner a salvo, inaccesible e intangible, la inmanente serenidad, única verdadera hombría de bien en esta vida y en este mundo.

Todo esto en el discurrir amable de quienes desean siempre compenetrarse con sus semejantes; y sin indiscreción, por cuanto no puede haberla con quien nos quiere y lo cuenta todo con sencillez y franqueza. Es como una confesión hecha en voz alta y donde nadie se arroga prerrogativas de tribunal ni mucho menos impone penitencia.

Entra en cuenta, además, el gracejo castellano de buena ley y el andaluz de mala ley, las gallegas ingenuidades y las terquedades baturras y, algo digno de retenerse: a los niños, cuando les hay, no sólo se les admite en la mesa, no solamente se les tolera tomar parte en la charla de los grandes, sino oírlos, lo cual por sí solo indica que a ellos nada les está vedado, pero, también, que nadie se permitirá infringir con un despropósito o una mentira, esa tolerancia ejemplar. Así, desde pequeños, practican la socia-

bilidad y ese arte de expresarse espontáneamente sin trabas, en el que llegan a ser maestros.

Y la libertad de opinión, incorporada está, desde siempre hasta nunca, por innata democracia, al ambiente que se respira, cualquiera que sea el régimen de gobierno. «Bajo mi capa al Rey mato», reza un adagio; es decir: somos dueños de hacer a socapa cuanto nos venga en gana; pero siempre, naturalmente, dentro de la limitada, no ilimitada, jurisdicción de nuestro albedrío.

V

PRIMER ACTO

Don Juan presidía, por la misma razón que al Ingenioso Hidalgo le corresponde la cabecera, doquier esté y cualquier puesto que se le asigne. A su derecha sentábase siempre doña Gumersinda y, a su izquierda, instaláronme a mí. Los demás, o sea las dos hijas, la viuda Engracia y Ester la empleada de comercio, y los otros dos huéspedes, Mario Pozo-Alcón el extremeño y Amadeo Suárez el peruano, se intercalaban para asimilar propios y extraños en un solo conglomerado. Robys y Dinah, lo integraban, infaliblemente.

Y mientras nos servían Pilar, de Valladolid, o Gregoria, de Alcalá de Henares, dos criadas, de mano y cocinera, como la familia también, por cuanto la vallisoletana creció en casa, y casó en ella la complutense, interviniendo de cuando en cuando en nuestras conversaciones con ese exponteanearse sin intromisión, al cual todos están habituados, cada quien exponía sus ocupaciones y consultaba sus preocupaciones a fin de dirimir las si los demás las hacían suyas. Don Juan era hombre de buen consejo y el que más, la que menos, todas y todos podíamos aportar nuestro granito de arena.

A su turno don Juan nos planteaba sus problemas de tea-

tro, sobre todo a mí, autor, y a Suárez, lector y espectador, Esther haciendo de secretaria. Dirigía desinteresadamente y con contrapeso «La Farándula», de cuya academia de aficionados salían cada temporada los mejores actores profesionales. Y por lo mismo era un acontecimiento su pública representación semestral, en el Teatro de la Comedia, o de la Princesa, donde críticos y empresarios hacían la selección.

Doña Gumersinda nunca intervenía en disquisiciones, salvo la interrogaran directamente, para preguntarle, por ejemplo, sus preferencias entre Madrid y Sevilla. Animábase la vieja sevillana y olvidada de vivir ahí donde transcurrieran la mayor parte de sus días, arriesgaba parangones en que, sobre el enjuto Manzanares, siempre salía bien librado el Guadalquivir caudaloso. La calle Sierpes, estrecha y tortuosa, era más animada, según ella, que la amplia y recta de Alcalá. El paseo del Salón del Prado, no podía compararse con el del Prado de San Sebastián. Eritaña se comía a todas las ventas del Espíritu Santo. La plaza de toros de las Ventas, no valía la de la Maestranza y, finalmente, ¿dónde hallar una catedral como La Catedral, ni virgen como la Macarena? La sinceridad, la caridad, la piedad y otras entelequias igualmente cristianas, no podían florecer, como los claveles reventones, sino en los Jardines de Murillo, en la tierra de María Santísima. Doña Gumersinda pensaba tal cual y lo decía pese a quien pese.

A Esther, de nacimiento «gata», vulgo madrileña, le dolían en carne propia tales aserciones y las rebatía con vehemencia, pero sin tiempo para discutir las, si era al almuerzo, puesto que a las tres en punto debía abrir la papelería de la calle de las Huertas, donde hacía de jefe, cajera y vendedora, según se dieran las tornas. Respecto a Engracia, la viudez y hasta el unigénito malogrado, nimbaban su plenitud, de una lozanía apacible, salvo cuando sufría ciertos incómodos y periódicos cólicos nefríticos.

Nosotros, quiero decir los dos huéspedes, tres a la hora de cenar, llevábamos la voz cantante, y cuando «Mariposón»

tomaba la palabra, no había modo de meter baza. Su facundia podía parangonarse con su desaprensión. Sin embargo, ambos americanos del Sur, tampoco lo hacíamos del todo mal y como teníamos ribetes de intelectuales, nuestros sofismas, contrasentidos y argucias, desconcertaban con su bizantinismo, tanto al auditorio de buena, cuanto a los interlocutores de mala fe. En esto Perú y Chile, constituíamos sin previo tratado, la Confederación de un Pacífico de harto alboroto y belicosidad.

VI

INTERMEDIO

—¿Siguen tan «postineros» los españoles? —me preguntó en París un pintor, al verme llegar de Madrid y usando justo el populismo castizo que significa atildado y presumido. En efecto, la impresión que se recoge, sobre todo en la villa y corte, es que ahí tiene una sucursal esa elegancia masculina europea cuya sede está en London.

Si se recomienda por su esmerado vestir un español corriente, un viajante de comercio, da cruz y raya, y era el caso de Mario Pozo-Alcón.

No porque tuviera un variado guardarropa, ni con él siguiera al horario o al tiempo en sus mutaciones, sino que, prendido con cuatro alfileres, hacía el efecto de un figurín o un maniquí. El axioma wildeano «ir tan bien vestido que no se llame nunca la atención» en él se convertía en «vestir tan rebuscadamente que siempre se llama la atención». Relucía su cabello, su bigotillo y su calzado. Rebrillaban sus ojos, sus dientes, sus sortijas y sus alfileres de corbata. Y en cuanto a éste, era un prisma: de mariposa, cuando «Mariposón» revoloteaba en torno de alguna flor; flotante, si afectaba aires bohemios de artista; de nudo, apretado o flojo, para aparecer más o menos correcto:

de plastrón, para «dar el opio» y «llevarse de calle» los corazones. Vestir así, significa componer cada día un cuadro con toques de paleta a la vez clásicos y «pintureros».

Era otro antagonismo entre el extremeño y el peruano, y no que éste emulara a aquél en el ramo «confecciones para caballero y corbatas» sino, por el contrario, que ni siquiera admitía la indumentaria como preocupación masculina. Para Amadeo Suárez, el traje nunca fué disfraz o atavío, sino complemento de la persona y, por ende, modestísimo para la suya tan insignificante. De ordinario en tono pardo, a fin de diluir su propio terroso tinte, parecía una estameña de la orden terciaria, con el sombrero, los zapatos, las corbatas y, a veces, hasta las camisas, también de franciscano color. Sarcásticamente tratábale Mario Pozo-Alcón de «Su Eminencia Gris»; hubiera sido más justo llamarlo simplemente Hermano Barro, hecho con el que los Hijos del Sol fabricaban los rojizos ladrillos de sus construcciones y aquellas figurillas de tierra cocida, donde subsiste la raza incásica, con su talante hierático y sus rostros herméticos, sus lacras y sus vicios. Decirle Hermano «Huaco», hubiera sido más preciso.

Ese anochecer de fines de noviembre, cuando el intenso cielo azul de los Madriles, se empezaba a empañar con las brumas invernales del Guadarrama, Mario apareció en el comedor, donde ya los demás estábamos reunidos haciendo hora para la de la cena, cambiado el corte ligero y claro del verano, por un terno oscuro de media estación. La corbata de lana a cuadros de grana y amarillos, hacía juego con el dibujo del cheviot, resaltando con el topacio de su alfiler, entre las amplias solapas de la chaqueta cruzada. Suárez, que friolentemente se había instalado con los gatos en la mesa-camilla, levantó los ojos del libro que leía y apenas si los detuvo, con una rencorosa mirada de soslayo, sobre nuestro Brummel de guardarropía.

Cabe digresión aquí sobre un milagro obrado en el quechua, cuyos felinos ojos oblicuos habíanse ido enderezando a nuestra

vista, conforme se aclimataba en España, hasta ya no distinguirse de los demás españoles.

—¡Buenas noches la compañía!—dijo el recién venido.

Con su llamado criterio femenino, las tres damas consideraban indulgentes esas afectaciones del flamante varón. No creían le hiciera daño a nadie esmerándose en su persona y, en ciertas ocasiones, hasta recurrían a sus luces en materia de telas y modas. Don Juan, a la antigua, llevaba la capa de los Alvarez Quintero, con el bombín del Julián de «La Verbena de la Paloma» y vivía a salvo de veleidades; y en cuanto a mí, casi me divertía semejante disparidad entre mis dos compañeros de pensión.

Pero yo había de recordar, más tarde, esa aparición de esa noche y ese cambio de tenida, de lo cual se derivó una imborrable tragedia doméstica.

VII

SEGUNDO ACTO

Noté al almuerzo siguiente, como un cuidado pesando sobre la familia. Don Juan, él mismo aparecía caviloso. Doña Gumersinda, mostraba signos evidentes de haber llorado. Engracia, contra su costumbre, quedábase alelada, y Esther, desprevenida por llegar de la calle, considerábamos con recelo.

Porque aunque yo también estaba ajeno a aquella enigmática cuita, concluí perdiendo las ganas de hablar y hasta las de comer. Pilar nos servía con brusquedad agresiva y cuando el viajante se puso a la mesa, me pareció que iba a encarárseles; pero prefirió irse, dando un portazo.

Mario Pozo-Alcón, venía demudado y cejijunto. Un momento pensé, sabiéndole jugador, que acaso hubiera perdido, la víspera; pero esta suposición no explicaba la actitud de todos.

Iba yo a romper aquella tensión insoportable, cuando, aprovechando la vuelta de la criada, tomó la iniciativa quien menos me hubiera yo esperado, la apacible y un tanto apática Engracia.

—Se ha producido anoche en nuestra casa,—dijo en voz queda pero distinta,—un hecho que no sólo no nos había pasado nunca, sino que ni siquiera temíamos que pudiera pasarnos. Nuestra familiaridad nos ponía a salvo. Alguien, de casa, desde luego, ha penetrado en el cuarto de Mario, durante su ausencia, o mientras dormía, y le ha vaciado, no la cartera, que aparece intacta, sino una cantidad de dinero guardada aparte.

Mario bajó los ojos; pero su expresión reconcentrada se acentuó.

—Estamos consternados todos, sin saber qué pensar, qué decir, ni qué hacer y no se nos ocurre sino consultarnos, en consejo de familia. Nadie, lo repito, ha venido de fuera. Y... entre nosotros anda el juego.

Yo me había puesto encendido, sin querer y sin querer pensaba cosas. Pilar estalló en sollozos, como una niña que era.

—En la cocina, —gimoteó, —Gregoria está llorando sin consuelo. parece haber caído una maldición sobre esta casa. Y no creo que lo merezcamos.

—¿Es una suma?—balbucí, por decir algo, acariciando, por hacer algo, a Robys, quien se mostraba azorado, cual si captara toda la electricidad de la atmósfera del comedor.

—Es, —contestó Mario,—Cinco mil beatas en cinco papiros dentro de un sobre cerrado.

El que parecía más deprimido, era el pobre don Juan.

—Desdichadamente, nosotros no podríamos indemnizarlo, —expresó con una vergüenza digna de conmiseración y de respeto. —Y como Engracia, yo creía nuestra pobreza a salvo de estas responsabilidades. Pero cuando nos vuelve espaldas la suerte, hay que pasar por todo en este mundo.

—Lo último en que pensaría sería en dar parte, —atajó el extremeño, —por cuanto a la corta o a la larga, creo ha de reaparecer todo; pero como también estoy cierto de no haberlo extraviado ni yo mismo ni afuera, mi obligación era dar cuenta a los dueños de casa y ellos, entretanto, podrán tomar sus medidas.

Su liberalidad jactanciosa y reticente, nos sentaba peor que una acusación y una querrela; pero, al propio tiempo, todos comprendíamos que aquel perdonavidas tenía razón y estábamos a su merced.

—Yo respondo, —expresó con fervor doña Gumersinda, (y su testimonio sorprendía tanto más cuanto ella nunca hablaba), yo pongo mis dos manos al fuego, por cada uno y todos los reunidos bajo este techo, ausentes o presentes. La Virgen me oirá y entonces verá Vd., don Mario, cómo tengo razón.

—Si yo también confío en los milagros divinos, mas no me fío de ellos hasta suponer se hayan evaporado mis cuartos sin humana intervención, como quien dice por obra y gracia del Espíritu Santo...

...Lo que se ha perdido puede reponerse, con trabajo o con suerte, —reanudó Mario golpeando exasperado la mesa; —lo que no se rescata son los compromisos de Navidad y Año Nuevo tan próximos y es a eso a lo que cuesta resignarse: al panorama deshecho por un ladrón.

La palabra redonda como un terno, había sonado, al fin, tal cual los oyentes se la temían, y no obstante los soliviantó como un exabrupto. Tal vez sólo a los dos americanos no nos hubiera sobrecogido tanto; pero ese pueblo, tan realista, dábale sin embargo, un alcance casi místico al robo. Entonces recordé a Suárez, obstinadamente pensé en Suárez. Y, ¡Dios me perdone! creo a todos nos acontecía lo mismo.

VIII

TERCER ACTO

La cena transcurrió aún más morosa y llena de sobresaltos que el almuerzo, esperándose a Suárez de un momento al otro; cada toque de timbre, hacía correr a las criadas. Y el peruano, cosa inusitada, acabó por no presentarse.

No cambiamos impresiones, ni nos comunicamos nuestra impresión. Solamente los ojos desolados y consternados de Doña Gumersinda, parecían interrogarnos y a la vez reconvenirnos a todos. Ella no dudaba, ni consentía se dudara en su casa, de nada. ¿De dónde provenía esta fe? Podía ser por bondad, o por principio; en resumidas cuentas, era cosa de achacarlo a una obsecada intuición.

Y un duelo siguió pesando, de ahí en adelante, sobre ese hogar, antes tan feliz dentro de su decente mediocridad, en ese comedor donde acudíamos antes como a un oasis para cada jornada. Porque ahora desconfiábamos unos de otros y la presencia de Mario traía una acusación y una confesión tácita la ausencia de Suárez.

Esta se prolongó aún varios días; esa primera noche, porque el peruano se había recogido tarde, lo cual, naturalmente, no le permitió levantarse temprano; luego, porque estuvo enfermo, por haber infringido sus morigeradas costumbres; en el interalo le reemplazó en su sitio y presidió la mesa, un inmenso ramo, cuando que apareciera al reaparecer, destinado a la dueña de casa, quien, dentro de su rectitud, ni trató de substraerlo a nuestra vista, ni pensó viniese a corroborar nuestras peores presunciones. Doño-Alcón, que no se mordía la lengua, estuvo aspirando con electación aquellas flores finas y declaró entre dientes, debían proceder del Jardín de los Cínicos; pero, o nadie le entendió, ninguno de nosotros quiso darse por entendido.

Por fin, al cuarto día, a la cuarta noche, si se quiere, reapareció en el comedor el a la vez deseado y temido huésped, tercero en discordia en nuestro caso.

Cuando su acento exótico nos dió las buenas noches, con su inflexión de siempre, un momento se paralizaron nuestros corazones. Luego, tímida o, mejor, intímidamente, arrostramos la mirada del recién llegado.

Su cándida expresión nos desconcertó aún más que su acento. Era el perfecto bibliotecario. Sólo una inconsciencia inconcebible, o un imponderable don de fingimiento, podían hacerlo

reincorporarse con tanta desenvoltura a nuestra intimidad. Y tras ese compás de espera, reanudamos nuestra comida en un mutismo abrumador. Suárez no pareció percatarse al principio. Contaba, con una volubilidad desacostumbrada en su circunspección, cómo había sufrido esos días la consecuencia de su desvío único desde que vivía entre nosotros, y parecía feliz de poder reintegrarse a sus parsimoniosas costumbres de hombre estudioso y quitado de bullas.

Pero, poco a poco, lo iba ganando, a pesar suyo, aquella hostilidad sorda y latente y, pareciendo achacarlo a su descarriada conducta, se sometió a la vindicta pública, como quien acepta una merecida expiación familiar.

—Únicamente Vd. me perdona, —díjole a doña Gumersinda, con cierta tristeza. El mundo se ensaña contra los virtuosos que delinquimos...

Podía ser una broma; nos pareció una confesión de parte o un colmo de cinismo. Diríase que hasta el Robys se substraía al roce de su mano artera y no escarmentada. Entonces, tal vez, Suárez empezó a comprender que toda su ligereza, no conseguiría quebrantar aquella trama impenetrable de silencio.

Delante de él, mudos testigos de algo, se marchitaban las flores de su impudente e imprudente obsequiosidad. Doña Gumersinda le sonrió mirándolas.

—¡Oh, Señora! —eludió anticipando una alusión, —¡por una vez que pude significarle mi respeto!

Así salía, tan airosamente, de su situación insostenible. Y todavía los consternados, los agobiados, éramos nosotros.

IX

IV ACTO

Cuando uno mira las fachadas de las casas de una calle cualquiera en cualquier parte, seguramente no acierta a adivinar lo que tras ellas, se pasa, como cuando se mira los rostros de las

gentes. El número 8 de la Travesía de la Ballesta, en Madrid, seguía presentando el mismo aspecto a los ojos de los transeúntes.

Pero en el tercero izquierda, piso y departamento ocupados por la familia Paredes de Nava y sus familiares, y aquí este traicionado vocablo recobra su verdadera acepción de allegado, la vida había cambiado en todo y por todo.

Un resentimiento creciente nos invadía al constatar cuánto había venido a destruir la insidia, la deslealtad, la traición, de un hombre; pero, cosa curiosa, no nos irritaba menos la presencia del que motivó ese abuso de confianza y, con su arrogancia, puso a prueba una honradez necesitada, dando ¡ay! al traste con ella, por mil miserables duros, los cuarenta dineros de Judas Iscariote.

El drama, del cual éramos algo más que espectadores, proseguía, entretanto, su curso: Mario Pozo-Alcón, sin ninguna generosidad para perdonar, removiéndonos continuamente con groseras alusiones; Suárez sobrellevándolas con la cabeza gacha y sin rechistar. Había envejecido y desmejorado, el pobre diablo, y era como sombra de sí mismo; pero un mal entendido amor propio o, acaso, una carencia absoluta de recursos, en tierra extranjera, hacíanlo aferrarse a ese hogar hostil y a ese comedor, convertido para él en cámara de tortura. ¡Ah, ahora no podía fingir ecuanimidad, ni substraerse, ni sobreponerse al suplicio! Turdigas de piel, lonjas palpitantes de carne viva, iban pagándole a Shylock la deuda contraída en una hora de ofuscación. Y al desollado vivo se le hacía sentir, todavía, la magnanimidad de no haberle castigado, por respeto a la casa y por menospreciativa compasión al hechor, al malhechor.

Un momento dado, esperamos que el extremeño abandonara el campo y soltara a su víctima. Habló vagamente de un viaje de negocios. Se le suponían propósitos de mudar de domicilio, o de casarse. Todo no pasó de buenos deseos nuestros, para ven-

tilar esa insignificante y sofocante tragedia, cuyo desenlace no acababa de producirse.

Por mi parte, pensé seriamente en irme a otra. Concebía mal mi vida en Madrid, fuera de ese hospitalario reducto; sin embargo, los nervios no tienen una resistencia ilimitada y yo estaba desgastando los míos a pura pérdida.

A mi vez, insinué proyectos confusos de excursión o traslado; y fué tal el impotente espanto con que todos los acogieron; la desolación y la desaprobación de doña Gumersinda, el desamparo de mi casi paisano Suárez, que, resignado a aguantarme, empecé a desertar la casa, sobre todo a las horas de comer, a fin de economizar mis fuerzas.

X

Y EL V ACTO COMO EPÍLOGO

Remato esta dolida y trivial historia. Yo creo haber, por lo menos intentado, amplias y ambiciosas novelas; nunca abordé con mayor sentimiento, un tema que conmueva apenas, acaso, a los demás, pero que a mí me remueve hasta el fondo.

Como el otoño había entrado, trayendo a rastras el invierno, vino la primavera, remolcando al verano, y los balcones de Madrid, ¡mi Madrid! cerráronse con sus persianas corridas, durante la quemante siesta, y se abrieron de par en par, al atardecer, engalados de tiestos con flores, y con sus botijos porosos donde resumaba el agua. Las campanas de San Martín, llamaban al Mes de María, que es el de mayo. La angosta y corta Travesía de la Ballesta, con sus dos tabernas a sus extremos, se ventilaba del lado de la calle del Desengaño y de la Corredera Baja de San Pablo. El Teatro Lara encendía sus luminarias. En la fuente de la Nao, venían a abreviar los chicuelos y a remojarse naciendo guerrillas de surtidor a caño libre. Se regaba las macetas de plantas en las azoteas y sacaban a refrescar la sopera del gazpacho.

para la cena. —¡Felices tardes, vecina! —¡Vecino, tenga Ud. buenas noches!

Comíamos taciturnamente, sorprendidos de hacerlo a la luz diurna, cuando la siempre sigilosa y huidiza doña Gumersinda, que aún no se había puesto a la mesa y hasta creíamos todavía en la iglesia, irrumpió en el comedor, de un modo desusado y casi estridente.

Y ella, tan comedida y tímida, en cierto modo apostrofó al viajante de comercio.

—Don Mario, ¿Ud. me había dejado, para mandarlo al desmanche, su traje gris de verano?

El hombre, intimidado, sin saber por qué, respondió con la cabeza, afirmativamente.

—¡Pues bien, —exclamó la anciana exultante, cual si un triunfo ganado con todas las penas del mundo, hiciera explosión en su voz, en sus gestos, en cada una de sus arrugas, —permítame, déjeme enseñarle' ...

Se ausentó un segundo y retornó trayendo un chaleco claro con botones de nácar. La mirábamos sin comprender.

—¡Pues bien, —repitió casi a gritos, —esta prenda suya tiene un bolsillo interior y de él puede Vd. mismo sacar lo que acabo de encontrar yo!

Mario Pozo-Alcón, muy pálido, extrajo con la punta de los dedos un flamante sobre intacto y de él cinco billetes nuevos.

El único de todos, que no se había alzado, diminuto, encogido en su asiento, era Suárez. Parecía ausente y dos lágrimas corrían impunes por sus mejillas.

Pero la señora, ya rendida también por la contagiosa emoción, agotó su esfuerzo:

—¡No se puede levantar testimonios! ¡El Señor ha prohibido hacer juicios temerarios!

Se dirigía a nadie, mas cada uno de nosotros se dió por aludido. Entonces, sobrevino una reacción elevada al paroxismo. Gritábamos todos, nos abrazábamos unos a otros, como salvados

de un naufragio común, y más de alguien debe de haber resistido al impulso de arrodillarse ante el peruanito, para besarle las manos, como a un santo y un mártir. Cosa anómala también, la gata Dinah se frotaba contra sus piernas.

Yo, no sin querer, sino queriendo, relacionaba esta escena, con otra de cierta noche en el Circo Price, en que el público se puso en pie para aclamar a un solo hombre.

—¿Quién puede ser?—inquirí entonces atónito.

Y cualquiera, anhelante, me repuso:

—Es aquel acusado por homicidio; que tras veintisiete años de reclusión, ha sido puesto en libertad y declarado inocente, porque el culpable se entregó a la justicia.

¡La Justicia!... Don Juan nos retrotrajo a la única dable. Había reocupado la cabecera y se enjugaba los anteojos.

—Ahora, —dijo con mansa sorna, —¡a comer en gracia de Dios y a no olvidar que, siendo «España de los Españoles», todos somos hermanos!

Y agregó, desplegando sacramentalmente su servilleta:

—¡Paz en la Tierra a los Hombres de Buena Voluntad!